



La estación se encontraba a dos horas de distancia del castillo. Cuando Felix von Bassenow se sentó en su carruaje, el sol se estaba poniendo. Felix se arrellanó cómodamente en el rincón y extendió la manta de viaje sobre sus rodillas. El aire primaveral del norte resulta un poco frío cuando se viene del sol meridional. «¡Mira por dónde!», pensó, «¡también aquí tenemos color!» Las nubes del último atardecer en Amalfi no habían sido más luminosas cuando él se encontraba allí, de pie en la terraza del hotel, y la pequeña inglesa que tenía al lado todo el rato decía:

—*Oh, look... look...* —y lo miraba con sus extraordinarios ojos verde esmeralda, como si no se refiriera al cielo, sino a sí misma.

Pero aquí todo era más tranquilo, ¡y el aroma! ¡Diablos! Apenas te atrevías a encender el puro.

El carruaje corría entre los campos. Un paisaje llano, de un verde luminoso, tornasolado de sombras azules y sedosas. Había gente volviendo del trabajo. Posiblemente habían sembrado cebada. Caminaban despacio uno detrás de otro, unas siluetas grises cuyos rostros enrojecía la luz del atardecer. Las mujeres estaban de pie en el margen del camino con sus llamativas y chillonas camisolas de colores contra todo aquel verde. Se protegían los ojos con la mano y miraban el carruaje con una sonrisa rígida.

Felix se alegraba de volver a ver aquello. Pero era curioso, cuando cerraba los ojos, todo desaparecía y le llegaban otras imágenes muy distintas, trozos de imágenes, pequeñas visiones luminosas, que no podían estarse quietas, como si se enmarañasen unas con otras, como asustadas. Siempre de un azul profundo, una luz violenta sobre grandes líneas rectas. Una rama llena de flores rojas sobre el satén amarillento de una peña escarpada. El contacto de un cuerpo de mujer, de una piel con la que se mezclaba como el ámbar. La estridencia apasionada del grito de un camello en el silencio de una noche completamente azul.

Cuando volvió a alzar los párpados, apareció el paisaje verde, sobre el que se pintaban luces rojas, con su silencio y su frescor extraños e increíbles. No pudo evitar sonreír al ver cómo todas aquellas imágenes luchaban en su interior para hacerse realidad.

La luz del atardecer palidecía. Ahora el camino atravesaba el bosque. Bajo los árboles estaba más oscuro. A ambos lados resplandecía, entre la corteza negra de los pinos, algún tronco blanco de abedul, y por arriba el cielo se iba volviendo transparente y cristalino. El crepúsculo pálido de las noches primaverales se desplomaba hasta las oscuras copas de los árboles. Todo era apacible. No obstante, cuando entraron en el bosque, parecía que en aquel aire que flotaba excitante, lleno del aroma amargo de los brotes y las hojas, no había reposo: el ruido de un aleteo, el reclamo adormecido de un pájaro. Los crujidos y los susurros secretos en la oscuridad. Muy arriba, en el cielo blanco, resonaba todavía la risa fantasmal de una agachadiza y, de repente, dos mochuelos empezaron a llamarse el uno al otro, apasionados y quejumbrosos.

Todo exhalaba algo de sensualidad oculta. Los dos mozos rubios que iban en el pescante, con las orejas de soplillo muy rojas bajo las gorras con galones, empezaron a cuchichear y a reír entre dientes. En la lejanía, más allá del bosque, un hombre se puso a cantar una monótona secuencia de notas, un grito solitario, prolongado.